

EL RÍO SALADO, PRIVILEGIO DEL SILENCIO



Guadalajara es tierra castellana. El paisaje, austero y precavido, se recoge en los espesos bosques de quejigos, en las lomas que, suaves, bajan desde las alturas rasas y descabezadas a los valles donde los ríos se guardan entre celosa cintura de álamos. Llego a Mirabueno cuando la tarde claudica y los majanos dilatan su quietud en sombras inmensas, como si quisieran alcanzar un horizonte imposible. Desciendo por las cuestas sobre las que se derrumban los llanos gastados. En el fondo amplio y dilatado, destacándose en la luz fantasmal donde la noche se funde con el día ya imposible, doy con el río Dulce, en los ribazos de Castejón y Matillas, donde tiene a bien entregarse al Henares. Los chopos, lanzas clavadas en altos de luna, resplandecen y sus hojas se mecen al son de la brisa de agosto, que es de todos el mejor viento que recorre la tierra. Andando los pasos ya gastados vuelvo a Mandayona para entretener la noche. Entre la oscuridad se envuelve el Dulce, canta el agua ligera y hablan los álamos negros. En la negra noche del Dulce se intuye al jabalí hozando umbrías y el autillo, quiebro de sombras, repite su monólogo a las costanillas arropadas por el resplandor de la madrugada de agosto.

No es el reclamo del río Dulce lo que me ha traído hasta esta tierra. Es otro río, más humilde, discreto como pocos, pero que atesora el saber de un paisaje sereno, guardián de un tiempo aún grabado en los sillares de palacios y castillos, centinelas de la memoria: es el río Salado. Por ello y antes de que la mañana avance en demasía, lo mucho por ver y lo más por descubrir obligan a madrugar. Dejo atrás Mandayona y camino Henares arriba por término de Baidés, donde entronca el río Salado. Quiero recorrer el río desde su entrega al Henares hasta sus primeras aguas en las vertientes de los Altos de Barahona. Opino que desandar un río es leer en las cicatrices de los ribazos, en el temple de los molinos, en el ímpetu de la corriente convencida, limpia. Prefiero ir aprendiendo en la llaneza de los ríos, recorrerlos del valle a la montaña, contemplar cómo se van desnudando de artificios, cómo las aguas recobran brillos, cómo se deshacen de lo perecedero y sólo queda, en el inicio, lo mínimo: agua y piedra.

Viana de Jadraque y Huérmeces del Cerro contemplan los quiebrós de un río que se abre paso por terreno bravo y espeso, amable y dormido. Aguas arriba el muro del embalse del Atance alza su graderío de hormigón. Subo hasta él para observar el lago artificial. El cielo, blanco y denso, cubre la tierra con un brillo cegador. Quiero caminar río arriba, pero antes tengo una deuda con el Atance. El Atance es el pueblo que se beberá el embalse, y sus piedras dormirán para siempre el silencio de las aguas quietas y profundas. El Atance, caserío de brillos dorados, sobrevivirá ya tan sólo en la memoria de quienes anduvieron sus calles, en quienes guardaron el eco de sus palabras entre los sillares y el adobe trepador de alturas. Los recuerdos se emboscarán en las aguas del embalse cuando tapen lo que queda del pueblo. Sobre el suave horcajo donde